

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

AGAPITO CUEVAS



Hizo por toda España
tan brillante campaña,
que se puede decir que no hay nacido
que no le haya aplaudido.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—La manita atrás, por Eduardo Bustillo.—Déjala, por Luis Ansorena.—Escritores y artistas, por Antonio Peña y Goñi.—El forastero generoso, por Juan Pérez Zúñiga.—Celos retrospectivos, por Sinesio Delgado.—Grafología, por Eduardo de Palacio.—Delirium tremens, por Enrique Jiménez de Quiros.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Agapito Cuevas.—Variedades.—Anuncios, por Cilla.



El Carnaval se ha despedido con lluvia, y los que pensaban acudir al Prado en clase de máscaras, han tenido que permanecer en sus hogares, mustios y apesadumbrados, con las narices pegadas al cristal, para ver si escampaba, y la imaginación puesta en el Omnipotente.

¡Qué triste es un día de lluvia!

Un joven violín, perteneciente á una estudiantina, convencido de que era imposible salir á la calle, enfundó el instrumento y fué á echarse de bruces sobre la cama, presa de la desesperación.

—Ven á almorzar, Nemesio, que hoy tienes arroz con bacalao—le decía su madre.

—Aunque me pusiera usted salmonetes fritos, que es lo que más me gusta en el mundo—contestaba él, golpeándose la frente contra el mármol de la mesilla de noche.

—¡Pero, hombre! ¡Cualquiera diría que ocurriré una gran desgracia!

—¿Le parece á usted poco? Precisamente hoy íbamos á estrenar una marcha preciosa, titulada *Ceferina*; pero se conoce que tenemos desgracia en todo: primero se incomodó el director con un postulante, porque supo que se había rizado el pelo con los fondos de la estudiantina; después un pandereta se agarró con el segundo flauta por cuestión de unos calcetines que aquél le había prestado, y el otro le devolvió con cinco agujeros; y cuando al fin habíamos conseguido arreglarlos á todos, viene la maldita lluvia á fastidiarnos.

El violín no quiso almorzar ni había quien le hablase, porque estaba dado á los demonios, hasta que entró en su cuarto otro compañero de estudiantina, vestido de griego húmedo, con la borla del gorro chorreando y el bigote caído á causa de la humedad.

—¿Has visto qué día?—dijo tristemente, dejándose caer sobre la cama.

—No me hables, porque estoy desesperado—contestó el violín.—Baste decirte que no he querido almorzar, y por poco reviento á mi hermano el menor porque se puso á jugar con mi chaquetilla.

—¿Sabes lo que pensamos hacer?

—¿Qué? ¿Suicidarnos?

—¡Ca, hombre! Ya que no podemos salir por ahí, se nos ha ocurrido ir á tocar dentro de los portales. Ya verás cómo nos lo agradecen los vecinos.

—¡Caramba! Tienes razón.

El caso fué que la estudiantina no quiso perder la tarde y empezó por meterse en un portal de una casa perteneciente á un título del reino que tiene á la portera con un cólico cerrado, desde el jueves á eso de las ocho.

—¿Qué va á ser?—preguntó el primer violín, disponiéndose á manejar el arco.

—«Ceferina»—contestó el director, colocando ambas manos á la altura de las sienes.—Oído: á la una, á las dos, á las tres. ¡Venga de ahí!

La orquesta rompió á tocar con verdadera desesperación, y á los primeros acordes apareció el portero de la casa con una escoba en una mano y una banqueta en la otra.

—¡Fuera de aquí!—gritó furioso enarbolando la escoba.

Pero los músicos no escucharon aquella voz preventiva y siguieron vertiendo notas. Entonces el portero sacudió un escobazo que fué á dar contra una bandurria, haciéndola cis-co. El de la bandurria rugió indignado y se arrojó sobre el portero; éste hizo uso de la banqueta y descalabró al flauta; el flauta, fuera de sí, cogió el instrumento por la punta y quiso romperlo en la cabeza de su agresor...

Cuando acudió la autoridad, aquello era un campo de Agramante. El portero había roto dos violines á puñetazos y tenía una pandereta entre los dientes y otra metida en la cabeza, á guisa de turbante. La portera andaba por allí, mal envuelta en un refajo, sacudiendo mojicones apesar del cólico; los hijos de aquel matrimonio, que eran tres, lloraban como desesperados, y sólo el director de la estudiantina trataba de restablecer el orden, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Señores! ¡Haya paz! ¡No se diga que los socios de *El Quejido Melodioso* faltan á la educación!

Hé aquí los desastrosos efectos de la lluvia pertinaz. Si no hubiera llovido, la estudiantina de que nos ocupamos, y otras no menos sonoras, habrían circulado libremente por las anchurosas calles, con gran satisfacción del público alegre.

Con lluvia y todo, algunos vecinos abandonaron sus hogares para dirigirse al teatro, y era de ver á muchas mamás con las faldas recogidas, luciendo el elegante zapato de piel de cabra ó bien la espléndida bota de becerro perteneciente al esposo.

—Anda, mamá, que te quedas rezagada—decía una joven.

—Pero, hija, ¿cómo quieres que corra con este calzado? Me he puesto unas botas de tu padre para evitar la humedad, y se me salen todas... ¡Ay, qué lluvia! ¡Qué maldita lluvia!

Efectivamente, la lluvia no es del agrado de nadie, excepción hecha de los paraguiteros y de los empresarios de teatros, que han hecho su negocio.

LUIS TABOADA.

LA MANITA ATRÁS

Ya sé que lo ha dispuesto su majestad la Moda, así con falda larga como con falda corta.

Y aún puede tolerarse, si trae la falda cola, ese manejo eterno entre cadera y corva;

pues, recogiendo en pliegues lo que detrás le sobra, es menos arrastrada la vida de la ropa,

y lanas y *fuiates* y terciopelo y blondas no romperán en quejas crujiendo en tu derrota;

y padres y maridos en hijas y en esposas verán, pagando menos, flaquezas menos gordas.

Pero, hija de mi alma, te digo que en historia pica ya el cuento de esa tu mano pecadora

que, pellizcando raso en parte de tu ropa, parece que de pulgas te rasca á todas horas;

si no es que, con arranques de mano tan nerviosa, pretendes exhibirnos la gracia de tus formas.

Y eso ya, francamente, en lo liviano toca, llevando á mala parte tu afán de seductora;

y ya que abajo arrastras lo que de arriba escotas, sirva la tela de algo que á la moral importa.

Y, en fin, alma de un cuerpo que es ya mi eterna sombra: de esa tu inquieta mano por Dios el tiro afloja,

que en interioridades nos mete tan vistosas, ya luzcas coli larga ó ya rabricortona.

Porque, si por de fuera con lujo te decoras y raso y terciopelo dan lustre á tu persona;

cuando el telón levantas que con tu andar empolvás, nadie te ve por dentro tan limpia como hermosa.

EDUARDO BUSTILLO.

¡DÉJALA!

Déjate de porfías enfadosas; sufre tu suerte con paciencia, y calla... Hay una ley fatal para las cosas que rompe, inexorable, toda valla.

No han de salvar á la mujer que quieres, y cuya suerte te produce espanto, ni las punzantes quejas que profieres, ni la amargura de tu triste llanto.

El mal la llama, y hacia el mal camina.

en busca de otras nuevas impresiones...
 Hay algo embriagador que la fascina...
 y ve ya con desdén tus ilusiones...
 Pretendes detenerla... ¡Vano empeño!
 Nada conseguirás contra el destino
 que hizo que esa mujer, pobre y mezquino,
 pero ansioso y tenaz, tenga su sueño...
 Te rendiste á sus pies enamorado...
 Por temor de que al ídolo asustase,
 nunca asomó á tus labios una frase
 que tuviera algún dejo de pecado...
 ¡Y el ídolo entre tanto la esperaba!
 ¡pobre de tí! con ansiedad sin nombre...
 y el santo silencioso le cansaba...
 y al fin... lo natural... ¡que busca al hombre!

 Sin voluntad del que lo puede todo
no se mueve en el árbol una hoja...
 Él sabrá por qué arranca y por qué arroja
 una flor desde el árbol hasta el lodo...
 Él rige el mecanismo de la vida,
 y acaso el mal con intención procura
 porque encuentra en el alma arrepentida
 algo más grande que en el alma pura.

LUIS DE ANSORENA.

ESCRITORES Y ARTISTAS

I

Voy á tocar un asunto delicado, por lo cual daré de mano, en cuanto de mi dependa, á toda violencia de expresión.

Juro por los dioses inmortales que mis intenciones son óptimas, que no pretendo zaherir á nadie y que mis propósitos se limitan á decir lo que muchos piensan bajito y nadie se atreve á declarar *coram populo*.

Tanto misterio se reduce á que voy á ocuparme de la Sociedad de Escritores y Artistas, de Nuestra Santa Madre Artística y Literaria.

¡Pobre mamá! Ya ha pasado el baile del Teatro Real, el único momento histórico é histérico en que ella se permite sacudir la tristeza horrible que le embarga todos los años, durante trescientos sesenta y cuatro días y trescientas sesenta y cuatro noches.

Observen ustedes la vida que lleva la infeliz. Yo me la represento siempre hundida en muelle butaca; la veo pálida, ojerosa, desmayado el cuerpo, turbia la mirada, demacrado el semblante, envuelta en blanco *matiné*, con el cabello destrenzado y las medias caídas, una especie de sauce llorón, cuyas ramas nos envuelven cual verde sudario.

¡Y cómo ha de estar la desdichada si la han condenado al papel de hermana de la Caridad ó de *New Funeral* de las Letras y las Artes!

Ella sirve tazas de caldo á los desventurados hijos que perecen de inanición.

Ella suministra la quinina, la cafeína, la antipirina, la anti-febrina, la cerebrina, todos los antifebrífugos acabados en ina, á los pedazos de su corazón que la calentura abrasa y amodorra.

Ella acompaña, como plañidera egipcia, los entierros del gremio, y paga al clero si á mano viene, y enciende los blandones, y costea la cama imperial.

¡Pobre mamá! Sube á las buhardillas, consuela al triste, da de comer al hambriento, apaga las sedes, ayuda á la agonía, entierra los cadáveres, y solloza, solloza, solloza, y llora, llora, llora, sin tregua ni reposo, como sollozaba y lloraba, en un mutis famoso de *El drama nuevo*, Teodora Lamadrid.

¡Pobre mamá! La desolación es su herencia, el llanto es su patrimonio; parece Jerusalén dedicada al cuidado de las escuelas vírgenes, sumida en un duelo sin fin, *et ipsa opresa amaritudme*.

O enfermera ó enterradora; ó en el lecho fúnebre ó en la tumba; ó rezando las oraciones de los agonizantes ó llevando coronas á los muertos.

¡Me valga Dios! ¡Qué madre nos hemos echado! Núñez de Arce debería de llamarse Jeremías, y Castillo y Soriano, Boabdil el Chico...

Una sola vez al año, cuando se verifica el baile del Teatro Real, parece sonreír la ventura al ciprés de las Letras y las Artes.

Entonces respira, desesperézase, se arregla el cabello, se estira las medias, cambia el *matiné* por el dominó, se da colorete y larga cuatro piruetas en el baile del *bolero aflagio*.

Por cierto que este año la buena señora ha bailado en francés, bailes de músicos franceses y con títulos franceses, por lo cual ha recibido una soberana lección del Circulo de Bellas Artes, que ha presentado en el baile de las panderetas un programa de bailes compuestos por músicos españoles y con los títulos en español. ¡*Attrape!*

Pero en cuanto rinde á Terpsicore el tributo anual, y la diosa le entrega diez mil pesetas, poco más ó menos, vuelta á la butaca, vuelta á destrenzarse, vuelta á tener ojeras, vuelta á ge-

mir, á sollozar y á anegar en llanto á la humanidad heteróclita que piensa y escribe.

Mamá tenía antes otro día de *juerga*: el día de la renovación de la Junta directiva, el 31 de Enero de cada año.

Asistía mucha gente, la Junta directiva se *estentaba au grand complet*, se discutía la Memoria, se pronunciaban discursos, y la votación duraba hasta después de medianoche.

Estuve por curiosidad en la última sesión. ¡Qué *débacle!* Cuatro individuos de la Junta presididos por Dióscoro Puebla, y dos docenas de caballeros más ó menos escritores en el *salón*.

El secretario leyó la Memoria, que termina haciendo constar que el Congreso literario hispano-americano será un acontecimiento; que los dignísimos representantes de los pueblos hispano-americanos han acudido á dar á la idea fuerza y calor, y que eso demuestra, «para consuelo de la humanidad, que, además de la patria, movediza é insegura, cuyos límites traza la historia y rectifica la espada, está la única y verdadera patria del corazón y de la inteligencia.»

Un segundo después:

—¿Queda aprobada la Memoria?

Pausa de dos segundos.

—Queda aprobada.

Y se acabó la función. Ni visto ni oído. Votaríamos luego hasta *cuarenta* señores de los *setecientos* y pico de socios que forman actualmente la Sociedad y... aquí del tío Mocejón de *Sotileza*:

—Aquí no se gasta menos... á pie ensuto y cuerpo regalón; ¡y tú, probe mareante, arrevienta allá juera jalando del remo y vengan julliscas!... Siempre largando lastre y nunca mus sale la cuenta...

El caso es que estamos como los del Cabildo de Santander; tampoco á nosotros *mus* sale la cuenta.

Como largar lastre, no es mucho lo que largamos, la verdad sea dicha: tres pesetillas cada trimestre, y menos da una piedra; pero tocante á *jalar* del remo, yo y otros muchos tenemos las manos en carne viva y *arreventamos* allá *juera* sufriendo todas las *julliscas* de Madrid.

Total: que será un gran consuelo para la humanidad eso de que además de la patria movediza é insegura esté la patria segura é inmóvil de la inteligencia y del corazón; pero ¡puño! creo que va siendo hora de que la autora de nuestros días nos suministre consuelos más positivos.

¿Para qué existe la Asociación de Escritores y Artistas? ¿Para dar pan al hambriento? ¿Para mandar médicos á los pacientes? ¿Para ayudar á bien morir y acompañar á los muertos? ¿Para organizar procesiones y celebrar el baile *clásico* del Teatro Real?

Esto es algo, convengo en que es mucho, pero no bastante. Llorar las desgracias y socorrerlas denota muy buen corazón. Con llorar se adelanta poco, sin embargo.

La Sociedad llora demasiado, y, de tanto llorar, está anémica. Le conviene andar, moverse; necesita el tónico de la calle. Está encerrada en casa y debe salir, respirar el aire, dar señales de vida, demostrar que es algo.

¿De qué manera? Lo diré, Dios mediante, en el número próximo. Vamos á ver si mi voz discordante sacude un poco el marasmo en que yace la infeliz clorótica; vamos á ver si la gente se ocupa de la Sociedad de Escritores y Artistas, hablando yo mal de ella.

Es el recurso de la *diva* vieja á quien nadie hace caso, y manda que le peguen un silbido para que la aplaudan.

El del silbido voy á ser yo.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

EL FORASTERO GENEROSO

En casa de mi amigo Juan Zapateta y de su linda esposa Pilar del Pozo se plantó de improvisó con su maleta un don Justo Clavijo, que era un buen mozo.

Como eran amigos Juan y Clavijo, sin andar con reparos ni tonterías visitó á Juan don Justo, y así le dijo:

—Me declaro tu huésped por unos días.

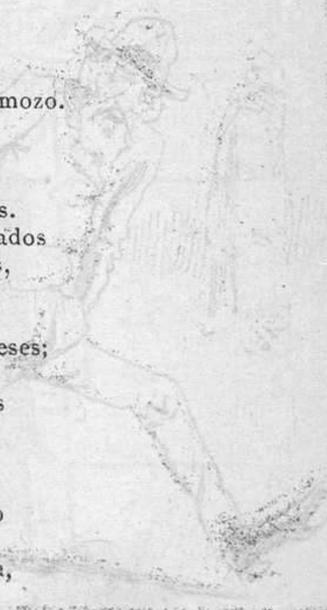
Vengo á tratar de asuntos muy delicados que afectan á mi casa de Ciempozuelos, y en justa recompensa de tus cuidados te daré mi retrato y unos gemelos.—

Don Justo, en vez de días, estuvo meses; á don Juan indispuso con sus vecinos; le mermó en poco tiempo sus intereses por hacer necedades y desatinos;

y como resultado de tanto exceso se puso malo el pobre, de tal manera que tenían que darle friegas con queso la Pilar, las criadas y la portera.

Cuando ya el forastero mejor estaba, recibió una cartita de su señora diciendo que su finca se desplomaba y que volviese al pueblo sin más demora.

Viendo con alegría que el buen Clavijo



VARIEDADES



—Hola, don Epifanio, ¿qué se hace?
 —Ya ve usted, nada; esperar á que cambie esto.
 —¿Y á usted qué le importa?
 —Hombre, sí; porque yo no puedo perder en el cambio.



—¿Á que trae encima los recibos?



—¿Ve usted? Ya se han acabado los bailes. ¿Y dónde me divierto yo ahora?



—No se queda usted á la misa cantada?
 —No, señora, porque casi siempre desafina el día cono, y como yo tengo tan delicado el oído...



Este es Bonifacio, natural de Caldas, que va muy despacio detrás de unas faldas.

—Da gusto tener una niñera guapa.
 —¿Por qué?
 —Porque todos los soldados que pasan le llaman rezalao al niño.



—Dice que si ha salido mi papá.
 —Díle que sí.
 —Dice que si sube...



—He oído decir que acaso habría dificultades para pagar el cupón.
 —¿Y qué?
 —Que venía á decir que no quiero crear conflictos al Gobierno, y que por mí no lo paguen ustedes.

se iba á marchar, en vista del contratiempo,
—¿Te vas sin obsequiarme?—don Juan le dijo.
Y contestó don Justo:—No tengo tiempo;
mas á tu amable esposa doy carta abierta
para que los gemelos compre á tu gusto.—
Y aunque en el aire entonces quedó la oferta,
ya, por fin, su palabra cumplió don Justo;
pues á los nueve meses de haber marchado
tan generoso huésped á Ciempozuelos,
vió don Juan Zapateta regocijado
que Pilar le obsequiaba con dos gemelos.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

CELOS RETROSPECTIVOS

—¿Qué empeño de que te cuente
larga y detalladamente
mis anteriores amores,
por ver si los anteriores
han sido como el presente!

¡Si no me acuerdo, mujer!
¿Y qué endiablado placer
buscas en ese tormento?
¿Te querré más si te cuento
mis aventuras de ayer?
Suponte que te dijera
que has sido á la primera,
sólo por no hacerte daño.
¿Qué creerías? Que te engaño;
¡lo mismo que si lo vicral!

Y si confieso que amé
y me encendí y me abrasé
como me abraso por tí,
te vas á formar de mí
mala idea. ¡Ya lo sé!
¿Insistes? ¡Qué tontería!
Pues sí, palomita mía,
quise de varias maneras,
y aunque no fuese de veras,
á mí me lo parecía.

Luego, pasado el calor,
suave, dulce, bienhechor,
que en tales casos se siente,
lo he pensado seriamente
y he visto que no era amor.

El amor es lo que siento
besando á cada momento
esos tus labios de grana,
que brindan de buena gana
tras de una caricia ciento.

Los otros fueron ñoñeces,
tonterías, pequeñeces,
caprichos insustanciales
y rápidos, de los cuales
ni el recuerdo queda á veces.

¿Que si á las otras decía
lo que te digo? ¡Alma mía!
¿Por qué me preguntas eso?
¿Te empeñas? ¡Vaya! Confieso
que sí, que se lo decía.

¿Que si era mentira? ¡No!
¡Nunca mi audacia llegó
á fingir de esa manera!

Lo que sucedía, era
que me equivocaba yo.

¿Que también puedes creer
que ahora... ¡Calla, mujer,
eso sí que no lo paso!
Tu lógica en este caso
no tiene razón de ser.

¡Que mi traición está clara!
¡Que no te mire á la cara!
¡Caramba! ¿Te has ofendido?
¡Pues, hija, tú lo has querido
por empeñarte en que hablara!...

SINESIO DELGADO.

GRAFOLOGIA

El espíritu investigador del hombre no cesa un momento en sus especulaciones.

Un día descubre un Nuevo Mundo, otro día un nuevo Colón,
otro una comedia francesa aún virgen del Pirineo acá.

«Pues con ella no topó
ni gún Chévres iliterario aún.»

Otro día descubre que su esposa ha roto el contrato y se ha
declarado *ilimited*.

Un apreciable y notabilísimo filósofo joven ha dado en eso de
la grafología.

Es un nuevo camino para la inquisición del hombre y sus in-
terioridades por el hombre mismo.

Un medio más para llegar al conocimiento exacto del docu-
mento humano.

El medio es la escritura.

El lema de esta nueva ciencia, llamémosla así, pudiera ser:
«Dime cómo escribes y te diré quién eres.»

Al pronto creerán ustedes que esto es una embriaguez de ta-
lento.

El hombre, cuando llega á rebasar la línea de los conocimien-
tos de su siglo, corre peligro.

Pero aquí no ocurre eso.

La grafología estaba en la mente de todos los hombres estu-
diosos y pensadores.

Pero no podían formular la idea.

Esto sucedió con frecuencia.

Hay hombre que lleva un poema dentro, ó un drama trágico
clavado en el corazón, y no puede expelerlos ó escupirlos.

Grafólogos inconscientes había algunos.

Cuántas veces habrán dicho ustedes viendo el carácter de le-
tra de un ciudadano:

—¡Fero qué animal debe de ser este hombre!

Porque se conoce que para trazar cada letra ha necesitado
cinco minutos, y aun así y apesar de la falsilla, los renglones
se aporrean en un lado y se despiden hasta la eternidad en otra
parte.

Y hay letras que parecen perdigones, y letras de 30 centime-
tros sistema Hontoria.

Y *as* en forma de cabeza de gorrion, con sus piquitos, y emes
con cuatro ó más patas, como cangrejos de mar, y enes como bo-
cas de la Isla ó del P. Isla, y eles como escarpas y efes como
«sacacorchos.»

En cambio letras de buena forma, limpias y en líneas parale-
las escritos los renglones, revelan un hombre cuidadoso, incapaz
de estornudar por no descomponerse, y aseado y económico.

Letras removidas como si estuviesen sufriendo un terremoto,
indican una constitución débil como de mujer, ó antigua, como
la constitución de 1812.

Letra con muchos rasgos ó rabos es letra de judío, que ofende
á la vista de cualquier cristiano de bien.

El que se tuerce escribiendo es soltero y seminarista.

El que escribe en ondas, como si dibujara guarnición de ena-
guas, es «ondino» ó de puerto de mar y se llama Ventura, por
ejemplo, ó Trinidad ó Remedios.

Por el carácter de letra puede entenderse fácilmente si el que
la ha escrito es jóven ó viejo, macho ó hembra, andaluz ó vasco,
gallego ó tenor cómico, literato ó Perrin's, felibre ó casado,
tuerto ó reformista, militar ó del vulgo.

Puede conocerse los años que lleva cesante un sujeto, las ve-
ces que ha dado á luz si es novelista ó «novelista» ó autor ó pa-
dre de familia.

La grafología viene á iluminar varios puntos psíquicos y psi-
cológicos y filo-y antro-po-lógicos, hasta hoy en tinieblas.

Lo que no trae es luz, apesar de todo.

Luz, la primera materia.

—Dígame usted—me preguntaba una preciosa joven Singer,
vamos, que cose á máquina,—¿se nos conocerá la honradez por
la clase de letra?

—¡Ya lo creo!—aseguré.—Como con lentes.

—¿Pues sabe usted—añadió—que ya sé yo de muchas que ten-
drán que hablar y escribir en impreso?

EDUARDO DE PALACIO.

DELIRIUM TREMENS

Era la Nicanora
una chiquilla de flexible talle,
que vendía claveles por la calle
y tenía una gracia seductora.
Y era Juan un cochero
que amaba á la gentil ramilletera
con el inmenso fuego de una hoguera,
con el delirio del amor primero,
y que anhelaba con el alma toda
casarse pronto y celebrar la boda
marchándose á comer á un merendero.

Un día Nicanora,
por el brillo del oro seducida,
al pobre Juan abandonó traidora
y se lanzó atrevida,
en vez de vender flores,
á vender en la feria de la vida
la parodia febril de los amores.

Es una tarde hermosa;
de los toros el público ha salido,
y la ancha calle de Alcalá rebosa
de aquella muchedumbre bulliciosa
que ronca vocifera en el tendido.
Envuelta en un pañuelo de Manila
cruza la antigua novia del cochero,
provocando á la gente que desfila
con su cuerpo garboso y hechicero,
su blanca dentadura
y su infinita gracia,
y respirando toda su figura
el aire interesante de la audacia.

Muy cerca de la plaza situado
estaba Juan, el infeliz que un día
se vió de Nicanora abandonado,
y al tiempo que cogía
la fusta para hacer una carrera,
el que estaba en el coche encaramado,
al ver á la gentil ramilletera
que pasaba á su lado,
le dijo:—No camines tan ligera,
que hoy me sobra el dinero y te convido
á que vayamos juntos esta noche
á cenar á las Ventas.

—Admitido,
contestó Nicanora, y en el coche
al subir, sin fijarse en el cochero,
con su voz argentina
le dijo:—Al merendero
que está cerca del puente. Habrá propina.

Al escuchar el cínico lenguaje
de la mujer que amaba locamente
y notar el vaivén que dulcemente
imprimió con su peso al carruaje,
sintió Juan el furor dei oleaje
que produce el despecho cuando estalla,
y pegándole al potro con la tralla
emprendió de las Ventas el camino,
envuelto en el horrible torbellino

de esos celos crueles
que nos dejan el gusto de las hieles
y hacen de un hombre honrado un asesino.
—¡Que la lleve yo mismo! se decía.
¡Yo, que cifraba mi ventura toda
en celebrar mi boda
en ese alegre merendero un día!
¡Que la lleve yo mismo, repetía,
á que pase la noche con su amante!
Eso no, ¡vive Dios! me afrentaría
cometer una hazaña semejante.
Y volviendo iracundo la cabeza,
le dijo á Nicanora con fiereza:
—Mírame bien, soy Juan; y de repente,
en vez de conducirla al merendero,
el coche despeñó cerca del puente,
muriendo horriblemente
Nicanora, su amante y el cochero.

ENRIQUE JIMÉNEZ DE QUIRÓS.



Ya saben ustedes que estamos tratando de hacer economías, y que el Sr. Presidente del Consejo ha declarado que, en tan vital asunto, llegaría hasta la crueldad.

Hubo quien creyó que, por fin, iban á quedar reducidos á la mitad los presupuestos de Guerra y Marina.

Pues verán ustedes por dónde se rompe la soga:

«Dícese que se presentará por diferentes diputados una enmienda al presupuesto del ministerio de Fomento pidiendo la reducción del personal de enseñanza en institutos y universidades.»

¡Vaya! ¿A que acabamos por suprimir unas cuantas escuelas?

Y bien mirado, ¿no estamos bastante ilustrados, á Dios gracias?

Claro que hay muchísima gente que no sabe leer todavía, pero eso ¿sirve para algo?

—¿Que has tenido adoradores
en un cuartito tan alto?
—Así me explico que ahora
te mudes al piso bajo!

ALFREDO LÓPEZ.

Vivimos en una balsa de aceite.

Todos los días se suicidan dos ó tres personas, *cansadas de vivir*, y todos los días entran los rateros en dos ó tres casas á llevarse cuanto encuentran á mano.

Si á esto se añade que los obreros no encuentran ocupación en ninguna parte y que no bajan los cambios, resultará... que sólo nos falta un soneto diario de Carulla para estar en la gloria.

¡Dios mío! ¿Por qué no le tendremos?

—Sale un miura del toril,
voltea á los picadores,
acomete á un alguacil
y no hay para él lidiadores...
.....
—Si esto no hace sensación,
que lo ignoro,
no es por falta de intención
en el toro.

LUIS L. FRAILE.

Juicio de faltas:

—Usted ¿por qué pegó una bofetada á la señora?
—Porque ella me llamó *morral* primeramente.
—Y usted ¿por qué llamó *morral* al señor?
—¡Toma! Porque lo era.

Los habituales asistentes al Congreso se están divirtiendo de firme.

Porque cuando menos lo esperan pide la palabra el Sr. Pérez Belmonte y hace un discurso sobre el tema del acta de Fonsagrada. Hasta la fecha lleva pronunciados seis ó siete, con la circunstancia de que en cuanto se levanta él se levanta también el público, como si fueran a representar un dramita de esos que se estrenan todos los años para demostrar que el arte nacional no está muerto del todo.

¡Siete discursos!

¡Me río yo de las comedias chinas que duran un par de semanas!

Las palabras técnicas tienen sus inconvenientes.

Véase un anuncio:

«En la fotografía *Tal*, calle de *Cual*, se necesita un positivista.»

¡Qué diablo! Yo no puedo presentarme.

¡Soy romántico!

—No vengas sola á mi casa,
porque tengo una portera
que hace preguntas á todos
los que suben la escalera.

Libros:

Semblanza poética de D. Antonio Cánovas del Castillo, por D. Rafael Abellán; curioso y elegante folleto.

El amor propio, interesante novela que acaba de publicar el notable y fecundo escritor D. Julio Nombela, y que viene á acreditar el justo renombre que su autor goza en la república de las letras. Precio, 3 pesetas.

Mademoiselle de Maupin, novela de Teófilo Gautier, traducida correctamente al castellano y llamada á tener un gran éxito. Precio, 3 pesetas.

Los aparecidos, zarzuela de los Sres. Arniches y Lucio, música del maestro Caballero, estrenada recientemente con grandísimo aplauso en el Teatro de Apolo.

Mis pasiones, novela madrileña, por D. Vicente Bas y Cortés, en la cual campean un interés creciente y un estilo brillante. Está ilustrada con profusión de grabados. Precio, 3 pesetas.

Pepin, novela interesante de D. Antonio Chápoli y Navarro, que revela en ella grandes condiciones para cultivar tan difícil género. Precio, 3 pesetas.

Obreros y burgueses, diálogos acerca de la cuestión social, parte segunda y tercera, por D. Policarpo Pastor. Un folleto de actualidad palpitante en que el autor expone reflexiones y teorías muy acertadas con gran claridad y corrección de estilo. Precio: 2 pesetas.

Los manzanilleros, sainete lírico original de D. J. C. de Rivas, música de D. T. García de Arboleya, estrenado con éxito en el Teatro Cómico de Cádiz.

Memoria leída en la Junta general de accionistas del Banco de España, el día 1.º de Marzo.

Á la hora de entrar en máquina este número no ha llegado el artículo de *Clarín*.

Verdad es que no ha llegado tampoco el correo de Asturias.

¡Y como el artículo no hubiera venido en alas del viento!...

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. A.—Madrid.—Parece que están mal hechos en broma... y más vale así.

Corcho.—Atrevidilla la idea por tratarse de un capellán nada menos, y poco cuidada la forma.

Carámbano.—Larguísima y... con poca novedad, porque lo de que los maestros de escuela están flacos y enseñan las carnes será verdad, pero... por sabida se calla.

Filo.—Unos versos le han salido á usted largo, otros se le han quedado cortos. ¡Todo sea por la Virgen Santísima!

El diablo cojuelo.—Que tiene la desgracia de que le salgan muy malos los romances.

Sr. D. J. A. B.—Madrid.—También á usted, desgraciadamente, le han salido medianitas entrambas cosas.

Antipirina.—No está mal; es lástima que sea tan poquita cosa.

Balbino.—¡Dios mío, qué largas se quedan las silvas!

Fray Alberto.—Flojita le ha salido á vuestra paternidad esta vez. ¡Paciencia!

X.—¡Hombre! Me deja usted asombrado. ¡Todos los días se aprende una cosa!

Sr. D. J. L. T.—Muy bonitas seguidillas... para el álbum de la interesada.

Periquito.—La primera cualidad que deben tener los epigramas es la de no ser inocentes y cándidos. Y la segunda, que no se traigan los consonantes á la rastra.

Sr. D. M. R. C.—Madrid.—«En un soneto me pides que te cante...» En efecto, por algo tenía usted la escama de que sobrara alguna sílaba.

Pepe A.—Sí llegó, pero no entró en turno. Y como no es posible contestar á todos... ¡vea usted!

¿Mando la firma?—No; no se moleste usted, ¡qué demonio!

Uno que llegará.—¡Llegaban! como dijo el otro.

Sr. D. P. G.—Alicante.—Esas letrillas están pasadas de moda. Se usaban mucho en tiempo de la regencia de Espartero, «el valiente general.»

Kaspiina.—A mí me parece que no sirve. Y no quisiera equivocarme.

Sr. D. R. I.—«Mujer que habla mal de todo *vicho* viviente y que con vcto ferviente á todos dice igual...»

Cuente usted las sílabas, y si todos tienen ocho, hago *voto ferviente* de darlos por octosílabos regulares.

Incógnito.—¿Quiere usted un consejo paternal? ¡Pues estudie más y escriba menos!

Retruécano.—Efectivamente, es triste, con una tristeza *languida* que no encaja aquí. El asunto, además, no tiene verdadera poesía. Pero no rompa usted la cítara por eso, que otros *romancean* peor.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36

ANUNCIOS

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

CERTAMEN NACIONAL



Me tomo una copita
de cognac de Moguer,
me voy derecho á casa
y abrazo á mi mujer.
Avansays.—Oarmen, 10.



—No me alegro tanto de ser
sultán por la cuestión de las oda-
liscas, como por darme el gusto
de embriagarme con las esencias
de la *Perfumería Americana*.

Espoz y Mina, 26.



—¿Qué adelanto yo con tener
un frac nuevecito, si la camisa no
es de casa de Martínez? ¡Resulta
que estoy hecho una facha!

San Sebastián, 2.



—Créame usted, capitán; la
tropa debía usar pantalones in-
gleses de Pesquera, y... se ha-
bían salvado los presupuestos.

Magdalena, 20.



—¡Gracias á Dios! Porque
vengo rendido del viaje.

—Pues aquí tiene usted su
cuarto y su cama.

—¿Es del Bazar de la Plaza
de la Cebada, núm. 1?

—No, señor.

—Pues entonces no me acues-
to.

—¿Por qué?

—Porque he hecho esa pro-
messa á la Virgen.



—Al señor se le figura—que entiende de vinos, ¡anda!—y no
ha probado el de Arganda.—sin mezcla ni compostura!

Barco, 10.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las cró-
nicas ilustradas de todas las provincias de España. Edi-
ción de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de
correo.



—Se ha descompuesto y no hallo
quien me lo arregle.

—Te engañas.

—Eso lo compone Brañas
en menos que canta un gallo!

Plaza de Matute, 12.



Almuerzo por seis reales
todos los días
y en casa me lo sirven
Las Tullerías,
con gran esmero,
y me ahorro los gastos
de cocinero.

Matute, 6.



Es una tontería
tener flemones,
siendo el lema de Tirso:
¡Fuera raigones!

Mayor, 73.



MIGAJAS

Colección de poesías de José
López Silva.

Precio, 2, pesetas.

Librería de Fe.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.180.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO